

Santa Eulalia de Oscos,  
Ana VIQUEIRA

**O** CULTO en el monte, San Cristóbal de Oscos, en el municipio de Villanueva de Oscos, sólo tiene dos vecinos. Pero a la placidez de la vida aldeana que llevan Alejandro y su mujer se ha sumado este verano un políglota bullicio. Veintitrés universitarios extranjeros y españoles pretenden rescatar este deshabitado pueblo.

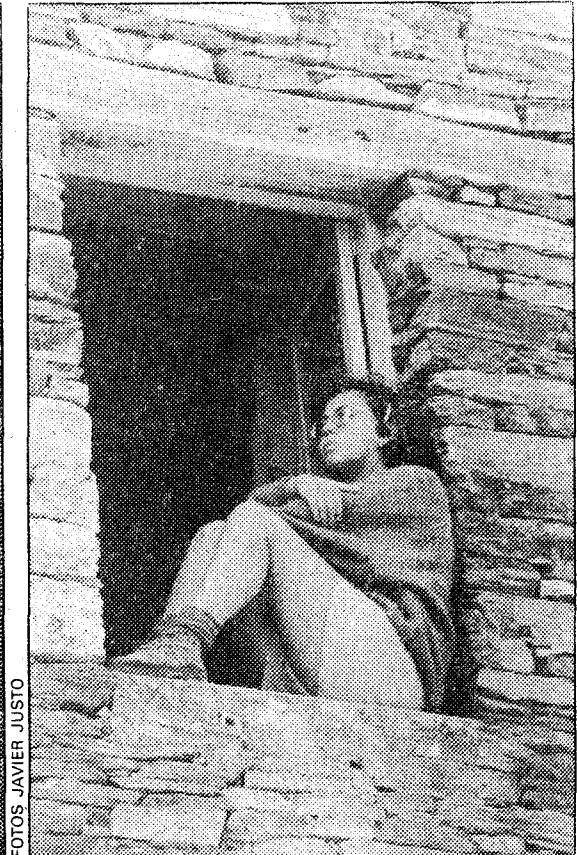
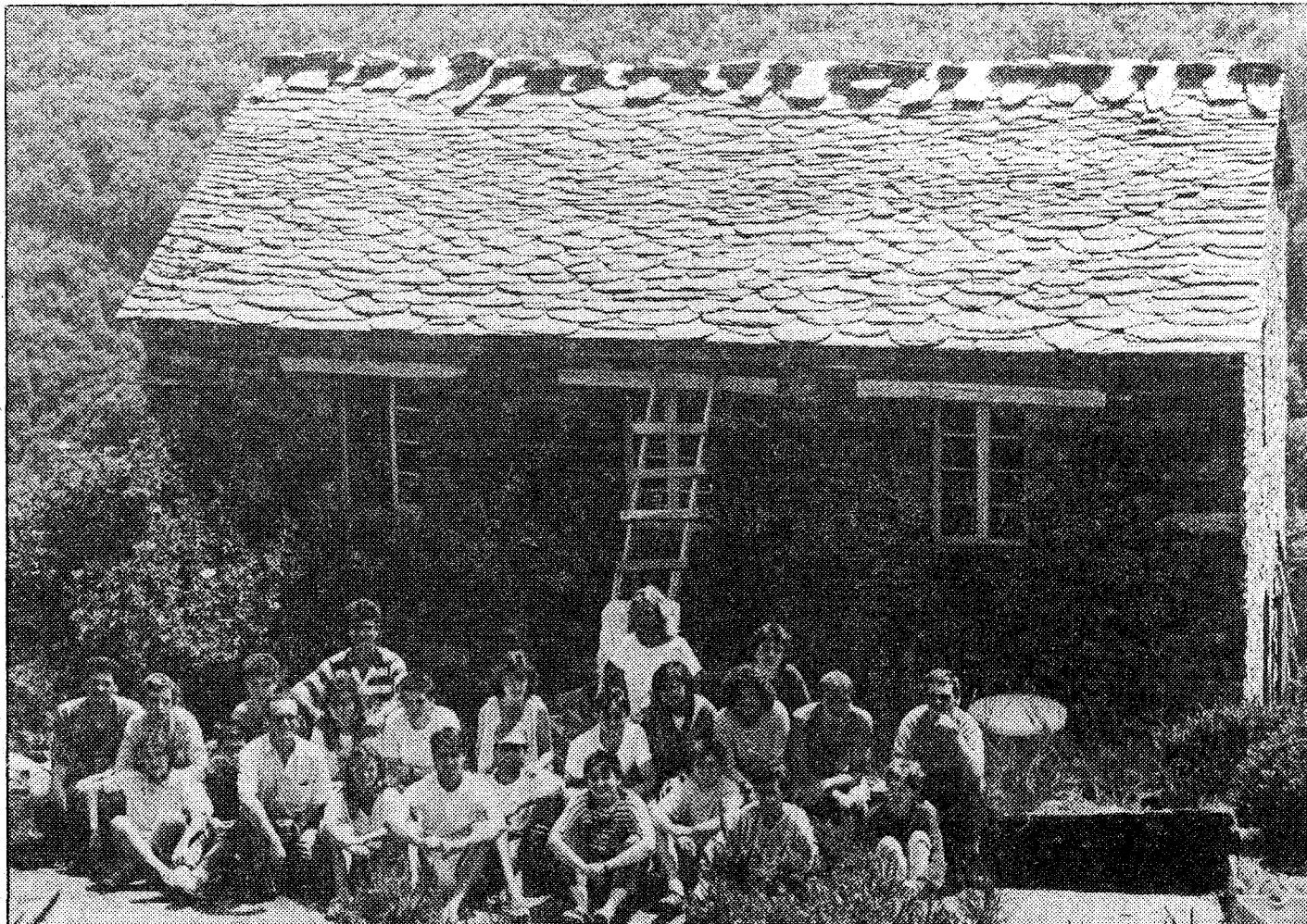
La idea de convertir la antigua escuela en un campo de trabajo surgió de un pequeño desastre. Carlos, actual coordinador de actividades, se perdió un día cuando caminaba por la sierra de Bobia con sus compañeros del club de montaña «Orbayu», de Avilés. Al llegar a San Cristóbal, sus dos únicos habitantes le dieron cobijo en el pueblo. Y el montañero decidió que aquel paraje podía ser un buen refugio natural. Cedido al Ayuntamiento de Avilés, el albergue está siendo habitado por grupos de jóvenes, en una campaña organizada por la Agencia de Juventud del Principado.

**Como en Babel**

Los universitarios, que desde el día 1 limpian la fosa séptica, abren una pista para acceder al río, quitan las hierbas que rodean la casa, se entienden, aunque hablen idiomas diferentes. Checoslovacos, daneses y franceses se las apañan todos los días con sevillanos, ceutíes o bilbaínos. No hay en el campo de trabajo más asturianos que los cuatro monitores y el coordinador. «Pero no tenemos problema alguno», dice uno de los jóvenes, canario, por más señas, con un universal gesto de manos abiertas. Su seseo no dificulta la comunicación con los extranjeros. La mayoría de ellos, como el checo Mireck, llegaron a Santa Eulalia por un cartel de la Universidad.

Pero no todos se comunican por igual: mientras Mireck habla correcto castellano, por haberlo estudiado en la escuela secundaria, «los españoles somos una ruina, porque sabemos menos idiomas que nadie», protesta el universitario de Las Palmas.

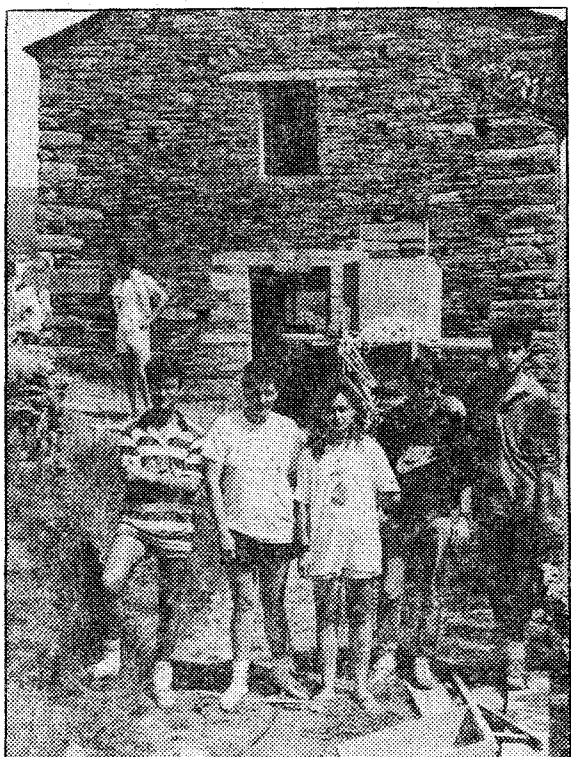
De todas formas, las diferencias idiomáticas no son un obstáculo para que los miembros de la expedición —que permanecerá en San Cristóbal hasta el día 15, en que serán relevados por otro grupo— se tengan que poner de acuerdo todos los días. Es preciso que todos los



Los jóvenes que arreglan el albergue de Santa Eulalia hablan diferentes idiomas, pero no tienen dificultades para entenderse. Trabajo en el campo, excursiones, fiestas y, cómo no, momentos relajados, ocuparán 15 días en Los Oscos

**Jóvenes checos, daneses, franceses y españoles reconstruyen este «pueblo fantasma», que está en pleno monte, no tiene carretera y habitan sólo dos vecinos**

# San Cristóbal: Revive el Babel de Los Oscos



Los cuatro monitores y el coordinador son los únicos asturianos del albergue



El trabajo es pesado a veces, pero la experiencia compensa a los universitarios

días un grupo de cinco se acerca a Ponte de Penacoba —casi una hora de camino por pistas rurales— a buscar la comida. El infortunado turno que lleva las

viandas habrá de volver a hacer el recorrido por la noche: todos los miembros del campo de trabajo acuden a cenar al hospitalario bar de Dorinda. Es

buen momento éste para jugar al billar o reírse un rato con el buen vino que se expende en el único bar de la zona. La noche es, para los jóvenes, una especie

de búsqueda del mundanal ruido: se han hecho todos muy amigos de la hija de Dorinda, quien les da sabias indicaciones sobre las fiestas en pueblos cer-

canos. La vida en el monte —ya se sabe— es muy sana, pero las edades de los excursionistas, entre 18 y 25 años, son propicias para lo más o menos urbano.

**¡Menudas fiestas!**

La hospitalidad de Dorinda y su familia son eternamente valoradas por los jóvenes, que durante el día sólo pueden conversar entre ellos, y con Alejandro y su esposa, los últimos del pueblo. También Dorinda ha nacido en San Cristóbal pero «túveme que marchar cuando nacieron los hijos». Habla de su aldea con nostalgia, y recuerda: «¡Menudas fiestas que hacíamos!». Amiga de las verbenas, la propietaria del bar se alegra de que su hija vaya de vez en cuando de jira festiva con los excursionistas. Antes de que comenzase a funcionar el campamento, el grupo de montaña «Orbayu» pasó casi un mes reparando la escuela-albergue y poniendo duchas y servicios.

Epoca ésta que no fue desaprovechada para la juerga: «A veces llegamos de madrugada, de alguna fiesta de por aquí cerca, y dormimos todos en la funeraria». Efectivamente, no es que los jóvenes sean especialmente macabros, sino que Dorinda, amén del bar-restaurante, dispone de una funeraria, contigua al local, donde pernoctan sus jóvenes amigos.

Además de las improvisadas fiestas que pueden encontrarse, los universitarios tienen una jornada muy ocupada. Hasta las dos del mediodía se dedican a trabajar el albergue y alrededores. Luego, la comida, para por la tarde dedicarse a actividades culturales. Desde confección de máscaras hasta clases de topografía, pasando por excursiones a pueblos vecinos, el día «pasa pronto», que decía un andaluz tirado en la hierba. Cuando el segundo turno se haya marchado, es muy probable que el albergue se encuentre ya en condiciones.

Este es el primer año que el Principado lleva a cabo la experiencia de intercambios, muy fructífera, según aseguraba el director de la Agencia de la Juventud, Ramón Corral, en una visita a Santa Eulalia. De hecho, en Asturias ha habido este año una capacidad de 300 personas, y la misma cifra de jóvenes asturianos se ha intercambiado con otros países y comunidades autónomas.

**Alejandro es, con su mujer, el único habitante de San Cristóbal**

## «De aquí no me echan ni osos ni incendios»

San Cristóbal, A. V.

**L** OS jóvenes le llaman «jefe de obras públicas». No resulta extraño tal nombramiento en la persona que mejor conoce los alrededores del albergue. Alejandro, 61 años, tiene incuestionable autoridad moral en los trabajos cotidianos de los «chavales» del albergue. El y su mujer se han quedado solos en la aldea, desde hace doce años.

«Este fue el pueblo más moderno de la zona». Alejandro presume de que en San Cristóbal de Oscos hubo luz de generador casi al mismo tiempo que en Vegadeo, y «muchísimo antes que en Villanueva». La zona se fue despoblando, «con eso de las fábricas» y los últimos convecinos que quedaban marcharon a Avilés, Gijón o Langreo hace más de una década.

«Aquí se vive bien», dice oteando el monte, «y si en invierno te quedas aislado, sin problemas: hay que ser previsor, y comprar cosas días

antes». No le importa ser el único cabeza de familia de la aldea, aunque sí a su esposa, quien en numerosas ocasiones le plantea el tema de marchar. «Pero ya se sabe», sentencia, «las mujeres no piensan con la cabeza. ¿Cómo nos vamos a ir?». Se siente feliz, Alejandro, con su trabajo cotidiano, aunque reconoce los problemas del aislamiento. «En invierno hay lobos, y alguna vez he tenido que salir a cazar un oso que nos mataba las reses». También los jabalíes suponen un problema para su economía, porque le destrozan las colmenas. Así que, el bueno de Alejandro, debe renovar de vez en cuando su licencia de caza, y acercarse a la civilización. «Entonces voy a Oviedo, pero no me gusta mucho». El último de San Cristóbal prefiere recorrer kilómetros de monte cuando necesita algo, a instalarse en un lugar poblado, pero desconocido. «Hace tres años se nos quemó todo el arbolado. El incendio no fue provocado por

ningún vecino de aquí, el fuego vino de la carretera. Casi no llega a la casa, pero ni el fuego, ni los osos, ni la nieve me echarán de aquí».

Alejandro tiene exóticos vecinos en las aldeas próximas, pero son colonos con los que no intima demasiado. Se trata de los ya famosos alemanes, instalados desde los años setenta en comunas de aldeas cercanas. «No dan mucho la lata, van a su aire», asegura con una mueca. Más que incommunicativo, Alejandro parece tener miedo a que la afluencia de visitantes pueda modificar un entorno tan suyo. Por ello, salvados los primeros recelos hacia los 23 jóvenes, Alejandro se convierte todos los días en director de los trabajos. Sólo él sabe qué piedras hay que arrancar de la pista para hacerla transitible, y cuáles hay que dejar para que la lluvia no inundara los caminos de San Cristóbal. El es el ingeniero de caminos de su pueblo.



Alejandro está orgulloso de que su pueblo haya sido de los primeros de la zona en tener luz